

EL LABRIEGO

Año 38

Decano de la Prensa Manchega.
FUNDADO POR DON CEFERINO SAUCO DÍEZ

Núm. 11.937

DIRECTOR:
ARTURO SAUCO ARDILA

CIUDAD REAL 20 DE JUNIO DE 1915
La correspondencia al Director.

ADMINISTRADOR:
JUSTO S. ESCRIBANO

Un Detective en Ciudad-Real

Hablando de un misterioso robo, surge un detective.—Relata sus aficiones policiacas.—Recibimiento extraño.—Esposas, lupas y demás utensilios.—Lo que se propone hacer.

Era el día de la inauguración del canal en el pantano Gasset. En la estación de Fernancaballe-

En un carro, nos encontrábamos charlando amigablemente, el respetable amigo nuestro y propietario D. Ricardo Arévalo, el simpático Ingeniero Jefe del Catastro D. Víctor Fernández Alejo, el joven y conocido Perito Agrícola D. Eduardo Caballero y el reporter que hace hoy esta información.

No nos acordamos como surgió la conversación, el caso es que el señor Arévalo con su charla reposada y amena empezó á referirnos un intento de robo de gran misterio, realizado en ésta el año pasado y que por no haberse realizado ni capturado al ladrón, permanece en el misterio para la mayoría de los vecinos de esta capital.

Un ladrón de alto corte, un randa elegante á juzgar por las huellas que dejó, penetró una noche septembrina en el domicilio del Sr. Martínez, Catedrático que fué hasta hace poco de este Instituto y que por entonces veraneaba con su familia en países lejanos.

Dicho profesor que posee un verdadero capital en alhajas, habitaba entonces en la calle de Alarcos, casa propiedad del Sr. Arévalo y una noche de oscuridad y misterio, el ladrón oliendo el botín de alhajas, deslizóse por una sogá al balcón que se oculta tras corpulento árbol y con instrumentos á propósito, rompió la persiana y el cristal, abrió cuatro agujeros en las puertas de made-

ra y por dicha rotura entró la mano, levantó la falda y penetró en la habitación.



DON EDUARDO CABALLERO
Detective

Como por hallarse deshabitada, estaba la casa llena de polvo, éste fué delatando la presencia del ladrón en toda ella; en el suelo vióse la huella de un zapato elegante y sin desgastar, las manos quedaron señaladas encima de los baulés, las mesas y cocina; en la alcoba el misterioso *Fantomás*, gustóle más el pantalón del señor y lo cambió por el suyo, de irreprochable corte, con etiqueta de Valencia. Recorrió todo, abrió libros en la biblioteca, cajones, hasta las horquillas de la cocina, pero ni dinero ni alhajas aparecieron, pues todo se hallaba depositado en el Banco de España.

—Buena ocasión para sus aficiones detectivescas, amigo Caballero, interrumpió el Sr. Fernández Alejo.

—Como, digo yo. ¿Tiene usted aficiones policiacas?

Y Eduardo Caballero, este enigmático hombre de mirada penetrante é inquisitiva, de hablar interesante y suave, de cara rasurada, de compleción robusta, aunque no lo aparenta, se echa mano á la cartera y nos entrega una tarjeta, que nosotros periodistas pacíficos, creemos ser de desafío, pero nos sorprende ver en ella, al extremo, una interrogación en carácter rojo y debajo en gruesa letra, Eduardo Caballero, Detective.

Como el asunto no carece de interés, le pedimos una entrevista y á ella vamos, cansinos y su-